

ANTONIO LOPEZ GARCIA Y SU MUNDO PROPIO

La mañana veraniega, de un sofocado calor que irá creciendo. Todo en una calma absoluta, precisa. En el horizonte lejano el caserío madrileño se desparrama por las colinas y las vaguadas como el último fin de una ola. De algunas casucas un humo que hace borrosos ciertos contornos. El cielo tiene un color de agua en la que se aclaró la colada.

Un sendero cruza el campo triangular, delimitado por las convergentes vías de dos ferrocarriles, cegadoras, como latigazos paralelos encontrados en el infinito. En el sendero, un muchacho vestido de sucio mono azul, calzando algo que fué blanco y ha conocido todos los sudores. Mira con fijeza, obsesivamente, al suelo, paralizado en la mañana quieta y temprana. ¿Qué mira el joven que bien puede ser traperero o golfo desocupado? El objeto de su éxtasis es algo confuso, de formas imprecisas. Mezclado con el polvo, formando ya casi parte de la tierra, casi fósil, puede reconocerse en aquella carroña momificada la parte delantera de un perro partido por la cintura. Perro seccionado en el tren cercano y que el sol y la noche castellana han convertido en una carátula de pergamino y piel podrida.

El muchacho del sendero es el pintor Antonio López García y su curiosidad no es morbosa. Está apuntando todo concienzudamente en un cuaderno de dibujo, pues ha encontrado uno de sus temas pictóricos, en los que la realidad más real se nos aparece sorprendente, extraña, nunca imaginada de esa manera que el pintor la descubre y la transcribe.

Antonio López García (Antoñito aún para muchos) es sin duda una de las personalidades más verdaderas de la joven pintura española, y podemos suprimir lo de joven. El, utilizando la realidad figurativa más concienzuda, más fielmente trabajada, nos sumerge en otra dimensión real entrevista alguna vez en un mundo temático propio del pintor que ordena su entorno como un puzle extraído de misteriosas zonas, inexploradas, pero verdaderas.

Antonio López García tiene en su casa un vino peculiar, elaborado por su padre allá en la finca familiar del Tomelloso. Ya no es vino, ni jerez, ni coñac, y aunque sigue siendo vino es otra cosa más gustosa y extraña.

Así también es su pintura, elaborada con elementos reales, que nos componen, después de sus manipulaciones, una realidad más gustosa y extraña.

Formas y paisajes y ectoplasmas de formas y paisajes se funden y superponen en estas visiones de lo real inmediato y de los recuerdos y presencias de otra realidad ida, pero que de una u otra forma permanece aunque no siempre pueda ser percibida.

Los científicos nos aseguran que llegará pronto el día en que podamos revivir mecánicamente las voces de los personajes que fueron hace muchos siglos, que podremos ver de nuevo escenas históricas que una vez sucedieron y cuyas ondas luminosas no se han extinguido del todo. Espectadores y audovisores a la vez del presente y el pasado, en una fusión donde el tiempo no existe.

En cierta manera, más inmediata, eso mismo es lo que nos anticipa Antonio López García con su pintura. En un paisaje muy determinado, como es la gran panorámica de la Casa de Campo, pintada desde la terraza de la Escuela de Arquitectura, el pintor ha puesto montones de muertos fundidos en la tierra parda y verdeada. Encima de ellos una pareja en actitud de hacer el amor, y más arriba un perro escarbando en todo. ¿No es acaso cierto que esas parejas amantes de los anocheceres de la Ciudad Universitaria se sientan sobre infinidad de soldados que allí encontraron la muerte? ¿No es cierto que la vida viene a ser en definitiva un andar buscando y escarbando por todos los lugares de la tierra de la que estamos hechos?

Pintura la de Antonio López García de presencias inesperadas, que en cierto modo podría filiarse al surrealismo, pero entendido de otra manera. No son los estados oníricos de los deseos inconfesados y reprimidos, en los que el subconsciente se manifiesta con crudeza, los que López García lleva a su pintura. Podría más bien hablarse de una actitud espiritista en la que los espectros se manifiestan aun sin contar con la aquiescencia del protagonista. Así, el surrealismo de López García no es el de un siquiatra, sino el de un médium.

Antonio López García tiene su mundo propio, casi virginal. Un mundo entrevistado y gestado en la penumbra de las casas pueblerinas manchegas, con sol y moscas de aburrimiento en las calles, con fresca sombra misteriosa en lo profundo de las salas. Los muebles



están frotados con aceite, relucen con inquietas fosforescencias. En los maceteros hay flores de tela o de papel decolorado, "contrahechas", las llaman.

—Algunas veces llegaba a casa a altas horas de la noche, cuando ya todos dormían, y he comprobado que los objetos tienen vida propia e independiente, dialogan entre ellos, se nos revelan diferentes a como los vemos el resto del día.

Es el pintor quien me confía sus hallazgos en los que él resulta el primer sorprendido. Procedentes de ese mundo entrevisto son los detalles de muchas de sus pinturas, que nunca son arbitrarios ni caprichosos, que siempre tienen una profunda relación (por lo menos para el pintor) con el tema principal del cuadro.

La pintura de Antonio López García es lenta por concienzuda. Nunca realiza más de doce cuadros al





año y a veces menos. Antes de decidirse a pintar un nuevo detalle lo piensa y lo ensaya mucho, lo dibuja sobre papel a su tamaño y lo pone recortado sobre el cuadro. Si se decide finalmente lo pinta.

—Cada vez estoy menos seguro de nada y de nadie. Ya ni siquiera del Museo del Prado. La pintura es un gran misterio y a lo que más temo es a caer en la facilidad, por eso me exijo tanto y soy tan poco rápido pintando. No quiero poner nada que no esté justificado. Nada que sea "bonito" solamente, o que "haga bien".

De esta contextura es el pintor López García. El no

es un empírico ni un especulativo, ama la vida sobre todas las cosas y la busca en todos los rincones, aun en los más olvidados de las viejas fotografías pueblerinas, en las que los parientes lejanos nos contemplan como en una perpetua y muda acusación desde lo ido y lo gris. Por todo ello Antonio López García prefiere los trozos de doliente humanidad de Pío Baroja, del Unamuno atormentado por todas las dudas y todas las fes, del Cervantes sereno en la amargura.

—Una vez me dieron a leer al filósofo Kierkegaard; pronto tuve que dejarlo, no me alimenta. Donde verdaderamente me encuentro a gusto es en *La busca*.



La busca a que el pintor se refiere vale tanto en esta ocasión para el texto barojiano como para su propia actitud personal de indagar en todo cuanto la vida ofrece. Y la referencia libresca es auténtica, pues tanto el perro partido por la mitad que mencionábamos al comienzo de estas líneas como otros muchos asuntos de sus cuadros están vistos en *La China*, esa zona suburbial que sirvió de fondo a la inmensa narración de don Pío.

Escenas, personajes, objetos, observados desde un

ángulo sereno, nada deformado por la ironía o la ferocidad, con una objetividad un tanto nebulosa que parece proceder de las atmósferas velazqueñas. Las criaturas preferidas por el pintor están todas dentro de las bienaventuranzas: los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que aman la paz, los que padecen persecución por causa de la justicia. Todos ellos es seguro que de una u otra forma ven a Dios.





En toda la pintura española actual no existe otra más casera, más pueblerina, más evangélica, en una palabra, que la que realiza el paciente Antonio López García. Pintura trabajada a conciencia y para la que antes de llevarla definitivamente al lienzo ha realizado multitud de dibujos de una precisión y seguridad leonardesca. El mundo de este pintor es un mundo propio, pero claramente perceptible a poco que miremos con atención concentrada a nuestro alrededor. Al mismo tiempo las cosas y los rastros de los seres que algún día estuvieron presentes allí, que aún siguen permaneciendo, aunque ya no estén del todo.

Algunos habrá que crean que los personajes de Antonio López García son inventados, que no se dan en la vida corriente. Después de haber estado viendo sus últimas obras, muchas de ellas sin terminar, he salido a la bulliciosa calle madrileña. Cercana a una

boca del Metro, una mujer toda vestida de negro, con mirada fija de buho, permanece apoyada en una farola, ajena a todo lo que le rodea, pero lo más sorprendente de esta persona es que una y otra vez desgrana los mismos compases de la conocida canción *La violeta*, sirviéndose como instrumento musical de un cornetín del ejército.

Sus personajes existen, doy fe de ello.

NOTA BIOGRAFICA

Antonio López García, nacido en Tomelloso (Ciudad Real) en 1936. Primer maestro, su tío el pintor manchego Antonio López Torres. Estudios académicos en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Primera exposición en 1955, conjuntamente con el pintor Lucio Muñoz y los escultores Julio y Francisco López. Premios locales, provinciales y regionales. Bolsas de viaje que le han permitido visitar Italia, Francia y Grecia. Está casado con una prometedora y desconocida pintora llamada María del Pilar Moreno. Domicilio en Madrid, calle de Embajadores, 135. Ultimamente ha realizado bajorrelieves en escayola en los que también el realismo tiene el mismo toque de misterio.

P a n o r a m a

POLEMICA EN TORNO A UNA ESCULTURA DE PABLO SERRANO

El conocido hombre de negocios señor Meliá, fundador de la agencia turística de su nombre, ha ido con los años ampliando el radio de acción de sus negocios, estableciendo también una cadena de hoteles en los lugares más favorecidos por los viajeros.

Quien conozca la decoración del "Hotel Castilla" en Toledo, del "Córdoba Palace" y del "Nevada", este último en Granada, ya puede deducir las preferencias artísticas del jefe de la empresa. En los últimos proyectos se encargaron las obras a un arquitecto de la responsabilidad y la inquietud de Antonio Lamela, el cual ha procurado que tanto arquitectura como obras de arte se correspondan en un denominador común de calidad y actualidad.

En el último de los establecimientos hoteleros de la cadena, el "Tres Carabelas", inaugurado en Torremolinos este pasado verano, se encargó al gran escultor Pablo Serrano de una obra escultórica que debía construirse aprovechando el hueco circular de la escalera principal del hotel. Primero se pensó en una fuente, para la cual Serrano realizó tres proyectos distintos, pero ante las dificultades en el suministro de agua se sustituyó por una composición escultórica, para la que Serrano hizo un cuarto y definitivo proyecto.

De la magnitud de la escultura basta con decir que mide diez metros de altura y que tuvo que ser construída *in situ* con cables tensados que mantenían el equilibrio de las piezas metálicas. Pablo Serrano tituló a su obra *Viaje a la luna en el fondo*

